

MARIANO NAVARRO RUBIO: UN POLÍTICO PARA EL CAMBIO

Palabras del Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes

Siempre insistiré en que el 20 de julio de 1959 concluyó el giro esencial que se había iniciado en 1953 con los Pactos con Norteamérica. Por primera vez desde Cánovas del Castillo, de modo explícito, nuestra economía se abría al exterior, al mismo tiempo que comenzaba la rectificación de una serie de medidas heterodoxas, casi todas ellas, sino todas, copiadas de la política económica alemana que había culminado con Bismarck. Simultáneamente España abandonaba la neutralidad tradicional que Prim ya había consagrado tanto en 1870 como algo antes al desengancharse de una colaboración con Francia frente a Norteamérica en México. Era necesario, asimismo, que el giro se acompañase de una franca entrada en la democracia, de modo mucho más profundo de lo que había sucedido en la Restauración. Sin lo anterior, eso sería imposible, o lo que es igual, la Transición tiene sus raíces en el Plan de Estabilización.

Acaba de morir uno de nuestros compañeros, Mariano Navarro Rubio, sin el que, probablemente hubiera sido imposible disponer de una de las piezas de este triángulo de la puesta en marcha de una España que puede apostar así a un buen porvenir en el siglo XXI. Dejemos a un lado su biografía personal, pero no totalmente, porque quizás en ella se agazape algún dato que explique actitudes y talentos. Nacido en Burbáguena, en la provincia de Teruel, realmente su infancia transcurrió en Daroca, en la provincia de Zaragoza. Era nieto de un artesano zapatero e hijo de un médico titular, forense y de los ferrocarriles. Su formación intelectual juvenil política, procede de su pertenencia a Acción Católica. En Daroca eso

le provocó choques intelectuales con un gran poeta, Ildefonso Manuel Gil. Por esa militancia, tras la guerra civil le vemos pasar, de la mano de Angel Herrera, a la Junta Nacional de Acción Católica, y después, con José María Mohedano, a la Junta Técnica. Fue entonces cuando entró en contacto con José María Escrivá. Hasta su muerte fue un católico fervoroso. Se ha escrito que en su lecho y «por deseo expreso» estaban en el momento de expirar «un rosario que le regaló el Papa, un manto de la Virgen del Pilar, la medalla de Esclavo Mayor del Santísimo Misterio de Daroca, y un escapulario de la Virgen del Carmen». Por otro lado, nada más comenzar la guerra civil, le acompañaron en la contienda sus compañeros de Acción Católica de Daroca, algunos de los cuales murieron valientemente en Belchite. Navarro Rubio la concluyó como capitán de Regulares, y una propuesta para la Medalla Militar Individual¹. En una discusión doctrinal a comienzos de los años cincuenta, en tono claro se declaró, ante mí, sin ambages, soldado de Franco, con todas sus consecuencias, y se negó a cualquier otra conexión política.

Uno de los más firmes pilares de la obra en el Ministerio de Hacienda de nuestro compañero fue que, de modo muy inteligente, captó qué economistas eran los que opinaban rectamente sobre la política que se debía seguir cuando España, como resultado de haberse espoleado excesivamente al caballo cansino de su modelo castizo, literalmente lo reventó. Era, desde 1957, fortísima la crisis de la balanza de pagos, hasta el punto de no disponerse en 1959 de divisas extranjeras para pagar las mercancías que, embarcadas ya, se dirigían hacia nuestras costas. A ello se sumó una inflación muy fuerte, pues el IPC, que desde 1951 a 1956 había subido, en total, en los cinco años, un 11,0 por 100, se incrementó, sólo en el año 1957, un 10,8; en el año 1958, un 8,9, y en 1959, a pesar de las medidas adoptadas a mediados de año, un 7,3 por 100. En 1960, las aguas vuelven al cauce adecuado, al crecer el IPC únicamente un 1,2 por ciento. El PIB al coste de los factores, según la estimación Alcaide, en 1959 descendió un 2,2 por 100 respecto a 1958. Los conflictos sociales menudeaban y el Gobierno comprobaba cómo las clases medias, y en primera fila los estudiantes y multitud de intelectuales, comenzaban a darle la espalda. Los viejos dirigentes de la política económica española confiaban en el aislamiento, pero, he aquí, que en Roma primero, nació la Comunidad Económica Europea (CEE) y en Estocolmo la Asociación Europea de Comercio Libre (EFTA). La crisis parecía que iba a asolarlo todo y Navarro Rubio se aprestó a superarla atendiendo —lo que es prueba de su inteligencia— lo que le pasaron a aconsejar expertos tan importantes como nuestro compañero, también fallecido, Juan Sardá.

¹ Estos datos los he obtenido del artículo de JESÚS LÓPEZ MEDEL, «Navarro Rubio, una trayectoria religiosa», en *Santa Rita*, enero 2002, año X, núm. 97, pág. 11.

Navarro Rubio comprendió así que eran precisos cinco cambios fundamentales para conseguir que la economía española pudiese desplegar sus alas para un progreso importante. De otro modo, el plomo que soportaba convertía su vuelo en auténticamente gallináceo. En primer lugar era preciso abrir la economía española al exterior. Lograrlo significaba, entre otras cosas, alterar radicalmente un impuesto, el señalado en el arancel de Aduanas que, en sus líneas generales, se remontaba al famoso Arancel Cambó de 1922, ese que hizo posible que se hablase de la «muralla china arancelaria española», el criticado por Elli Lindner y por Perpiñá Grau. Pues bien, con el Arancel de 1960 y el ingreso en el GATT, para lo que fue fundamental la colaboración con Alberto Ullastres, a partir del mencionado Plan de Estabilización de 1959, se comenzaron a poner las cosas en orden. La *Carta de Castiella* —y acabo de mencionar los nombres de otros dos académicos de esta Corporación— de 1962, para comenzar las negociaciones con la CEE, pudo redactarse por que se sabía que España tenía voluntad, y hechos, de apertura.

El segundo cambio era el del papel del Banco de España. Tras el monopolio en la emisión de papel moneda, otorgado por Echegaray en 1874, aparte de su conversión de hecho en un Banco de bancos con la Reforma Villaverde —y sigo citando a miembros de nuestra Real Academia— y las negativas a sostener, con sus reservas de oro, la cotización de la peseta, a pesar de las presiones de Calvo Sotelo, el Banco de España, gracias a la monetización de la deuda, se convirtió en un elemento perturbador por excelencia del equilibrio macroeconómico español. En 1962 Navarro Rubio estatificó el Banco de España, lo convirtió en algo muy parecido a lo que es hoy; incorporó a sus filas a Juan Sardá, lo que significó pasar a tener un excelente Servicio de Estudios, y, en suma, salvo en el capítulo de su independencia, lo estructuró por primera vez como un Banco central moderno. Además, liquidó Navarro Rubio la monetización de la Deuda. Más adelante pasaría a ser su Gobernador.

La tercera transformación se relaciona con la peseta. La había creado Figuerola —prosiguen los nombres de académicos de nuestra Corporación— ligada, sobre el papel, al patrón bimetálico oro-plata de la Unión Monetaria Latina, pero esto fue flor de un día. De inmediato, al crearse una situación de bimetalismo cojo todo se vino al suelo. Pronto huyó la peseta del triunfo generalizado del patrón oro, decidida a refugiarse en un patrón fiduciario plata y a desvincularse de cualquier disciplina internacional. Así vivió, con un tipo de cambio que castigaba esa independencia suma, hasta 1959. Navarro Rubio, al integrar la peseta en el marco del Fondo Monetario Internacional, la disciplinó. De ahí al euro existe una marcha continua, análoga ya a la de muchas otras monedas.

La cuarta alteración fue la fiscal. Algo hizo Navarro Rubio para mejorar los tributos, aunque no dio el salto hacia una personalización, pero, sin embargo, comenzó a señalar que el Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas era clave para muchas cosas. Pero nadie le puede negar que implantó un férreo control del gasto público y, sobre todo, que hizo del equilibrio presupuestario un culto. Sólo bienes de derivaron de eso.

Finalmente, las decisiones de la política social habían vivido en España de espaldas a la Hacienda Pública. Es a partir de Navarro Rubio cuando comienza, con los famosos Fondos, a enlazarse el Estado del Bienestar y la Hacienda. Era, por supuesto, únicamente abrir un portillo, pero desde entonces no ha hecho más que racionalizarse y agrandarse.

¿Qué es lo que me entusiasma de Navarro Rubio? Exactamente lo mismo que me encuentro en ciertos ministros del Gabinete que se lanzó al Plan de Estabilización. Desde luego es lo que me maravilla precisamente también de los académicos de esta Corporación Ullastres y Castiella. Todos ellos se dieron cuenta que tenían que, sin estridencias, romper con la situación anterior. Hicieron suya, como lema, aquella actitud que Joseph Conrad nos señaló para siempre: «Sólo sé que quien se encadena está perdido. El germen de la corrupción ha entrado en su alma».